

1.º de Diciembre 1917

Año VII.—Núm. 159.

Director: Raimundo Dolz

Admor.: Francisco Barduena

Sumario: Anulación de la subasta del río Moros, sentencia dictada por el Tribunal Supremo, Sala de lo contencioso Administrativo.—El destino, por *M. Ramírez Mercado*.—Narración verídica, por *Un Andalúz preguntón*.—La primera cacería, por *José Escribano*.—Las escopetas: sus cargas, pólvoras y usos, por *Eduardo de Lete*.—Biblioteca de CAZA Y PESCA.

(No se devuelven los originales)

Anulación de la subasta del río Moros

Sentencia dictada por el Tribunal Supremo Sala de lo Contencioso Administrativo

En la Villa y Corte de Madrid a seis de Octubre de mil novecientos diez y siete, en el pleito pendiente ante esta Sala en única instancia entre D. José Ramón Hidalgo, Presidente de la Sociedad «El Sport de pesca» demandante, representado por el Letrado don Raimundo Dolz y Jiménez y la Administración General del Estado, demandada, en su nombre el Fiscal sobre revocación o subsistencia de la Real Orden del Ministerio de Fomento 10 de Enero de 1916.

Resultando que D. Mariano Cáceres, vecino de Segovia, solicitó del Ministerio de Fomento en 12 de Febrero de 1913, «que en su día se anunciase la subasta pública de la pesca con caña de la trucha que tuviere durante ocho años el río Moros de esa provincia en el trozo comprendido desde el puente de la vía ferrea de la estación del Espinar hasta el otro puente cerca de las Vegas del Matute ambos inclusive.»

Resultando que esta solicitud fué informa-

da favorablemente por la Inspección de repoblaciones forestales y piscícolas haciendo constar en su informe el Ingeniero actuario que había practicado el reconocimiento al efecto acompañado de un representante del particionario, que en aquel acto rectificó su solicitud en el sentido de que se entendiera ampliada cuatro kilómetros mas aguas abajo o sea hasta el puente de Guijas Albas, e hizo expresion además en dicho su informe que del puente de la estación del Espinar al límite del monte «Mesas del Puerto» de la comunidad de Segovia, hay dos kilómetros, de manera que en la actualidad quedan para el libre ejercicio de la pesca desde el nacimiento del río hasta el puesto que empieza la petición de subasta, un recorrido de seis kilómetros y medio, la longitud del río cuya subasta se pide, es unos diez kilómetros y el recorrido del Moros desde su nacimiento hasta su unión con el Eresma, unos 80 kilómetros; de manera que quedarán sin subastar, si la

superioridad acuerda la solicitada una longitud de 62 kilómetros y que la «que recorre el río Moros entre los puentes de la estación del Espinar y el de Guijas Albas es de 6 kilómetros en el término del Espinar de 2 en el de Vegas de Matute y de otros dos en el de Vadeprados.»

Resultando que aprobado el pliego de condiciones para la subasta del trozo comprendido entre el puente próximo a la estación del Espinar y el de Guijas Albas y hecha la correspondiente publicación en el Boletín Oficial de la provincia, autorizada su práctica por R. O. de 30 de Septiembre de 1913, tuvo lugar el 15 de Noviembre del mismo año, adjudicándose el arrendamiento al peticionario Sr. Cáceres.

Resultando que en 9 de Diciembre siguiente D. Narciso Elías Moraleda, vecino de Madrid, en el concepto de Presidente de la Sociedad de Pescadores de caña, denominada, «El Sport de la pesca», acudió al Ministerio de Fomento exponiendo que enterado por el Boletín Oficial de la provincia de Segovia de 1.º de Noviembre de dicho año del anuncio de la subasta, había elevado instancia presentada en la Jefatura Forestal de Segovia, con fecha 12 del mismo mes, solicitando que se declarara nulo todo lo tramitado en el expediente con la consiguiente suspensión de la subasta hasta que se reformaran las condiciones de la misma, petición que fundó en el artículo 42, condición cuarta de la Ley de pesca fluvial de 27 de Diciembre de 1907, y en los artículos noventa y siete, párrafo cuarto y en el ciento tres del Reglamento, para su ejecución de 7 de Julio de mil novecientos once, y después de exponer que dichos artículos habían sido infringidos y de que la subasta no fué suspendida a pesar de que la instancia se presentó antes de su celebración, terminó suplicando que se declarara: Primero.—Que se revisara el expediente de subasta. Segundo.—Que se delimitara el arriendo para dejar entre los dos trozos arrendados, (un trozo lo estaba con anterioridad a don Vicente Pérez), otro de aprovechamiento común que comprenda cuando menos una extensión de 10 kilómetros; y tercero.—Que

mientras estas diligencias se lleven a efecto, quedará en suspenso la concesión del nuevo arriendo otorgado a Cáceres y la toma de posesión de este arrendatario.

Resultando que la precedente solicitud del Presidente de «El Sport de la pesca», fué informada por la Inspección de repoblaciones forestales y Piscícolas en el sentido de que la alegación de que se había infringido el artículo ciento tres del citado reglamento no era de estimar, porque el reconocimiento previo se había llevado a cabo según ya queda expuesto; y en cuanto a las opuestas infracciones del noventa y siete del Reglamento, y cuarenta y dos de la Ley de pesca fluvial, también citada, debía hacerse constar que el trozo aguas arriba arrendado (el arrendado a D. Vicente Pérez) no lo fué en el concepto de aguas públicas, sino como privativas del pueblo de El Espinar por tener el carácter de particulares que el trozo de río que queda libre aguas abajo, es mucho mayor que el arrendado; y por último en cuanto a la alegación del Presidente de «El Sport de la pesca», de que lo arrendado excedía de 10 kilómetros, entendió que, sin una medición no podía precisarse este extremo y que aun suponiendo que la distancia total fuera mayor, teniéndose en cuenta que hay varios trozos en que la pendiente del terreno hace imposible el aprovechamiento, no queda de longitud aprovechable más que lo subastado.

Resultando que pasado el expediente a informe de la Junta de Montes, abundó en las consideraciones del informe precedente, estimando que se habían cumplido en el caso presente las prescripciones de los citados artículos; que el Estado pudo arrendar en el río Moros la extensión que arrendó como libre, con sujeción a dichos preceptos, al Código Civil y a Ley de aguas, prescindiendo del arrendamiento anteriormente otorgado porque al carácter de las aguas que comprende no son del dominio público; que de los 69 kilómetros de extensión del público, dominio que tiene el río Moros, no ha arrendado el Estado más que diez, y que por consiguiente queda dividido el río en dos trozos, uno arrendado y otro abierto a dicho dominio

público razón por la que, no solamente ha podido otorgar el arriendo, sino que podrá señalar en su día, si lo encuentra conveniente para los intereses generales, otras partes para ulteriores arriendos.

Resultando que remitido el expediente a la Asesoría jurídica del Ministerio de Fomento, fué de opinión de que se midiera el río, que se concretara el punto de arranque del nuevo arriendo, de manera que quede igual extensión para la pesca libre que la arrendada anteriormente, y que se introdujeran en el pliego de condiciones las modificaciones al efecto; pero el Ministerio de Fomento, dictó Real Orden apartándose de éste informe en diez de Enero de mil novecientos diez y seis, de conformidad con el dictamen de la Junta de Montese.

Resultando que contra dicha Real Orden, ha interpuesto recurso contencioso-administrativo ante esta Sala D. Ramón Hidalgo y Alcalá, Presidente de la Sociedad «El Sport de la pesca», formalizando en su día la demanda con la súplica de que la Sala dicte sentencia, anulando la subasta que concedió el arriendo a que este pleito se refiere.

Resultando que emplazado el Fiscal para contestarla evacuó el traslado con la súplica de que fuera absuelta de la misma la Administración.

Visto siendo Ponente el Magistrado don Carlos Vergara.

Vistos los artículos primero, cuarto y cuarenta y dos, regla cuarta de la Ley de veintisiete de Diciembre de mil novecientos siete que dice: artículo 1.º—La presente Ley tiene por objeto la determinación de las condiciones del derecho de pescar, la regulación de su ejercicio y la conservación y propagación de los peces y cangrejos que viven en las aguas dulces. Artículo 4.º.—La pesca en las aguas dulces de dominio público a excepción de los sitios, épocas o por procedimientos vedados, será de libre ejercicio para todo el que se halle provisto de la correspondiente licencia administrativa que se expedirá previo pago de la cantidad que se determine. Artículo 42.—Sin perjuicio del concepto de aprovechamiento común que corresponde a la pesca

en las aguas de dominio público, y tan solo para el efecto de repoblarlas y devolverlas al aprovechamiento común, se podrá autorizar de Real Orden su arrendamiento a particulares o Sociedades Piscícolas, previo expediente y debiendo concurrir las siguientes condiciones. Cuarta.—Que el arrendamiento no ha de extenderse a toda la longitud, de cada río, dejando trozos de él para el aprovechamiento común de igual o mayor extensión que los arrendados y en situación alternada.

Visto el artículo noventa y siete regla cuarta del Reglamento de siete de Julio del mil novecientos once que dice: La adjudicación se hará como resultado de pública licitación, que se sujetará a condiciones variables según los casos, pero que se reexpedirán principalmente a los siguientes extremos o particulares, más los que se estimen pertinentes y adecuados, consignándose tales condiciones en el respectivo pliego, que habrá de servir de base a la licitación, y a la ejecución del disfrute. Cuarto.—El arrendamiento se referirá únicamente a un trozo, o varios pero discutimos, de río o arroyo, cuidando siempre de que queden para el aprovechamiento común, en el mismo curso de agua, y en situación alternada, otros trozos de igual extensión longitudinal al de los arrendados, cuando menos, salvo lo prevenido en los artículos cuarenta y cuarenta y cuatro y siguientes de este Reglamento en su artículo quinto.

Considerando que la Ley de veintisiete de Diciembre de mil novecientos siete, tiene por objeto como lo consigna en su artículo primero la determinación de las condiciones del derecho de pescas, la regularización de su ejercicio y la conservación y propagación de los peces que viven por las aguas dulces, estableciendo en su artículo cuarto que la pesca en aguas dulces de dominio público, a excepción de los sitios, épocas o por procedimientos vedados será de libre ejercicio para todo el que se halle provisto de la correspondiente licencia administrativa.

Considerando que partiendo de este concepto de aprovechamiento común respecto a la pesca en las mencionadas aguas, autoriza en su artículo cuarenta y dos el arrendamien-

to a particulares o Sociedades en las condiciones que establece al *so'lo efecto* de repoblarlas y devolverlas al aprovechamiento común, demostrando con ello su tendencia a qué este derecho sea atendido y respetado, consignando en la cuarta de sus condiciones que el arrendamiento no ha de extenderse a toda la longitud del río, dejándose trozos en él para el referido aprovechamiento de igual o mayor extensión que los arrendados y en situación alternada, cuyo precepto desarrolla el reglamento dictado para ejecución de la Ley en su artículo noventa y siete regla cuarta previniendo que el arriendo se referirá únicamente a un trozo o varios, pero discutimos del río o de arroyo, cuidando siempre de que queden para el aprovechamiento común en el mismo curso del agua y en situación alternada otros trozos de igual extensión longitudinal cuando menos a los arrendados.

Considerando que el caso del pleito, aparece que el río Moros tiene una extensión superficial de unos ochenta kilómetros, y a partir de su nacimiento existe primero un trozo de unos dos mil setecientos cincuenta metros libre para el aprovechamiento común; le sigue otro de unos seis mil seiscientos metros, que atraviesa terrenos pertenecientes a los de Propios de El Escorial, el cual se halla arrendado a D. Vicente Pérez; sigue después otro de unos tres mil quinientos metros, libre para el aprovechamiento común, que termina en el Puente del ferrocarril que va a El Espinal, circulando por terrenos del Estado; y a continuación sigue otro trozo desde dicho punto de partida al puente de Guijas Albas, al que atribuye una extensión superficial de diez kilómetros, el Ingeniero encargado del servicio, cuyo arrendamiento dispuso la Administración por Real Orden de treinta de Diciembre de mil novecientos trece, adjudicándolos en dos de Diciembre siguiente al solicitante don Mariano Cáceres, quedando libre para el aprovechamiento común el resto del río; de cuyos hechos se desprende ciertamente que la extensión reservada para el aprovechamiento común de las pesca entre los arrendamientos hechos a don Vicente Pérez y don Mariano Cáceres, es notoriamente inferior a

los que han sido objeto de ambos arriendos, y por ellos que al autorizar la administración el solicitado por Cáceres, contraría evidentemente el objeto de la Ley y más concretamente infringe la disposición de la regla cuarta de su artículo noventa y siete del Reglamento, puesto que al aprobar dicho arrendamiento, ha prescindido de dejar para el aprovechamiento común, un trozo de igual extensión longitudinal cuando menos al arrendado anteriormente a D. Vicente Pérez, o al que la Administración arrendó a D. Mariano Cáceres, como requiere el exacto cumplimiento de las mencionadas disposiciones.

Considerando que los razonamientos en que se funda la resolución recorrida para sostener la validéz del arriendo realizado cual son: Primero.—La de que siendo el arrendamiento hecho a D. Vicente Pérez, de aguas de propiedad particular no puede tenerlo en cuenta la Administración para autorizar la facultad que la Ley le concede para el arriendo de la pesca de las aguas públicas, tanto más cuanto que este derecho puede ejercitarlo, desde el límite mismo en que comienza la propiedad del Estado, y Segundo.—La de que computando la total extensión arrendada en ambos contratos, y refiriéndose a la longitud del río, queda para el aprovechamiento común una cantidad o porción muy superior a la que exige la Ley, por lo cual debe estimarse realizado en objeto de ésta tales razonamientos son de apreciar al efecto que se pretende, puesto que proponiéndose la Ley respetar el derecho para el aprovechamiento común, reservando al efecto para éste, trozos discontinuos de río o de arroyo, de igual o mayor extensión que los arrendados, tal sino puede conseguirse cuando existan en el caso del pleito trozos anteriormente arrendados, aunque lo sean en aguas de propiedad particular, sino reservando a continuación de éstos, otros trozos de extensión equivalente para el aprovechamiento común antes de concurrir un nuevo arriendo o limitando la extensión de este segundo a otro igual a la que se deje libre anteriormente porque la Administración no puede utilizar sus derechos dominiales respecto a las aguas que circulen por

terrenos propiedad del Estado sino con sujeción estricta a las limitaciones que le impone la mencionada Ley, cuyo fin tampoco puede estimarse conseguido, como se entiende por el segundo razonamiento por el hecho de ser muy inferior la total extensión arrendada, computando los arriendos hechos, con los que, reste sin arrendar en la total longitud del río pues las mencionadas disposiciones bien claramente requieren la existencia de trozos intermedios de determinada extensión entre los que sean objeto de arriendo.

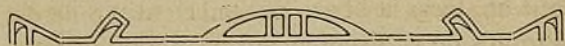
Considerando que también son muy de estimar para dejar sin efecto la resolución recurrida las deficiencias que pone de manifiesto el expediente gubernativo del que aparece, que no obstante fijar el solicitante la extensión pedida en quince kilómetros, que en la diligencia de reconocimiento amplía un representante suyo a cuatro más por variar el punto de término a la concesión, el Ingeniero las fija en diez kilómetros, siendo esta la consignada en el pliego de condiciones que sirve de base a la fijación del canon anual reconociéndose en el informe posterior de diez y ocho de Febrero de mil novecientos catorce, que aunque la extensión pudiera ser superior a dicha cifra, la diferencia es debido a existir varios trozos en que la pendiente del terreno hace imposible el aprovechamiento de la pesca, por cuya causa no quedará de longitud aprovechable más de la subastada, lo que revela que existe un error en la concesión, la cual debe consignar la realidad de la extensión arrendada, error de tanta mayor importancia, en atención a que la porción

arrendada, corresponde a tres distintos términos municipales, cual son los de Espinal, Vegas de Matute y Guijas Albas, a cuyos vecinos se dificulta el aprovechamiento de la pesca, no obstante que la naturaleza del trozo arrendado permite la subdivisión del mismo en porciones, que podía reservarse para el aprovechamiento común, señalándoles la extensión que la Ley ordena.

Fallamos: Que debemos revocar y revocamos la Real Orden de diez de Enero de mil novecientos diez y seis expedida por el Ministerio de Fomento y en su lugar declaramos que es improcedente el arriendo de la pesca aprobado por la anterior de treinta de Septiembre de mil novecientos trece en el trozo del río Moros entre el puente del ferrocarril de El Espinal y el de Guijas Albas, anulando en su consecuencia el realizado en favor de D. Mariano Cáceres por no ajustarse a las condiciones establecidas por la Ley de veintisiete de Diciembre de mil novecientos siete.

Así por esta nuestra sentencia que se publicará en la Gaceta de Madrid e insertará en la Colección Legislativa, lo pronunciamos, mandamos y firmamos.

ES COPIA.



ESCOPETAS de las mejores marcas, a precios reducidos. Utensilios de caza, cronómetros, aparatos fotográficos y mil distintos objetos á precios increíbles. Verdaderas gangas.

AL TODO DE OCASIÓN.—Fuencarral, 45.

C U E N T O

El destino

Por entre aquella amalgama de hojas y flores, y por entre los intersticios que dejaban, te contemplaba absorto.

Sentada a la sombra de un corpulento nogal, en una elegante mecedora, leías con anhelante pasión una novela.

Aquel día me parecistes más hermosa, tu ondulante y negra cabellera como el azabache, te envolvía la preciosa cabecita, cayendo sus largas y rizosas hebras de negro ébano, en forma de bluyes sobre tus hombros. En la frente jugueteaban alegremente las sor-

tijas de tu flequillo, que la coronaban cual hermosa diadema, bajo los arcos de tus cejas, que se juntaban para dar comienzo a tu recta nariz y bajo las largas y sedosas pestañas, y en la negra pupila de tus limpidos ojos, manaban los reflejos mas puros, reflejos de fuego y de luz, de amor y de vida.

Ahora, estaban ligeramente entornados con la mirada baja, leyendo con rapidez de rayo, las líneas del libro; algunas veces los alzabas y recorrias con la vista todo aquel frondoso jardín, como buscando algo que tu corazón sentía la falta. Otras veces mirabas la inmensidad de aquel manto de zafiro, queriendo luchar con aquel erizo de oro, colgado en las amplitudes del éter, la luz y el calor de tus lumínicos y ardientes ojos después, como hastiada, como cansada de admirar aquellas bellezas, tus párpados se cerraban lentamente hasta eclipsar por completo aquellos soles.

Tus labios, rojos como la grana, se abrían de vez en cuando, dejándose ver la sarta de perlas de tus diminutos e iguales dienteitos, que se guardan en el joyero de tu boca, y en el rictus de ella se dibujaba una sonrisa.

Tu alabastrino cuello, ligeramente sonrosado, servía de base a todo este conjunto de belleza. Bajo la blusa de seda, salpicada de puntitos de color de amatista, y por entre el escote de ella, se adivinaban dos delicados senos, donde se escondía coquetonamente, una crucecita, que pendía de una cadena que guillotina tu ebúrneo cuello; a través de las gasas y encajes de tus mangas, se dibujaba el contorno de tus esculturales brazos, que terminaban en unas preciosillas manos, que sostenían impacientes la novela.

Tus chiquitines pies, aprisionados por lindos zapatos de rosalina, trazaban en el suelo, como movidos por una fuerza extraña, algunas letras incomprensibles.

Fuí hacia tí, que continuabas todavía leyendo, y tapando con mis manos tus ojos, te di un beso en la frente.

Nos sentamos en un banco; el sol, atravesando por entre las hojas, presentaba en el suelo infinidad de dibujos; de rama en rama volaban alegremente los ruiseñores y jilgueros que con sus trinos y gorjeos, formaban

una música celestial; mientras tanto tu cabeza, reclinada sobre mi hombro, unas veces entonábamos canciones de amor, como los ruiseñores, del amor que nos hastía por la posesión. Otras veces contemplábamos aquel bello paisaje que se retrataba microscópicamente en nuestras pupilas.

Frente a nosotros, en el centro de una plazoleta, había una fuente. Dos niños sostenían un surtidor por donde fluía un hilillo líquido de esmeralda trasparente que, al llegar a cierta altura, se esparcía en irisadas gotas de agua que caían sobre el mármol cual lágrimas de nácares y perlas.

Multitud de flores embalsamaban aquella atmósfera haciéndola embriagadora.

El sol, como una gran hoguera, se apagaba en el horizonte mandando sus últimos rayos que daban a las nubes cierto color sanguinolento.

—¿Te acuerdas... cuando mi mirada fija en la tuya, cuando mi pecho recibió el calor de tu pecho y nuestros corazones latían al unísono?—te pregunté:—¿Me amarás siempre, vida mía? ¿No me dejarás por otro?

—Calla, tontín; cuando esos dos niños dejen de sostener el surtidor—me dijiste señalando aquellas figurillas de mármol—entonces te dejaré por otro.

Anochece; la luna con sus facetas de plata nos acariciaba, mis labios se fueron acercando a los tuyos, hasta posarse sobre ellos, uniéndose en un largo y apretado beso.

.....

En aquella plazoleta que tú ya no pisas, y sobre el musgo, están los restos de aquellos niños, que la pedrada de muchacho travieso les obligó a desprenderse. A nosotros también nos separó la pedrada de un muchacho travieso llamado el Destino.

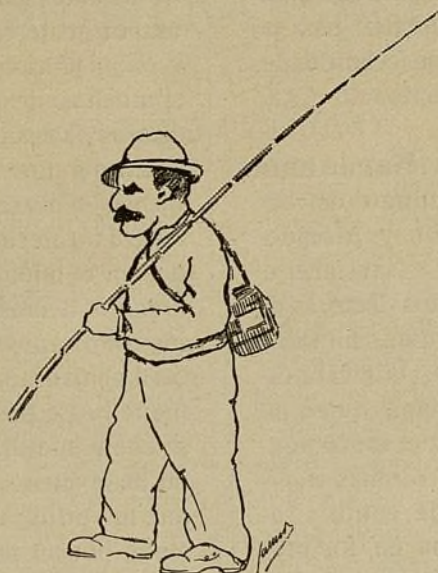
M. RAMIREZ MERCADO.

«El Pueblo» de Granada.



Interesa á los cazadores el anuncio **"MOSTELLA RAIMOST,"** que se inserta en la página 2.^a

NARRACIÓN VERÍDICA



SERVIDOR DE USTEDES

Medios empleados por el Andaluz Preguntón para pescar un retrato.—Una perrachona á caza del mismo.—Un llobarro afortunado.

Primera parte

Introlito. La narración que voy a tener el gusto de referirte, querido lector, no es de aquellas que se cuentan por el vulgo y que hay que poner en tela de juicio para ser creídas por lo estupendas o por las dificultades que en sí encierran, no; a mí mismo me ha sucedido, yo he sido el organizador de ella, con lo cual te bastará para que me hagas el obsequio de creerla *á puño cerrado* porque he de advertirte que nunca, jamás he acostumbrado faltar al octavo precepto del Decálogo, aunque con frecuencia, y sin yo quererlo, haya infringido alguno de sus *vecinos*....., si bien siempre con *sana* intención, sí; con intención excelente, pues éste que abrigo aquí en mi pecho, y que continuamente *late* a semejanza del podenco que persigue a su más codiciada caza, al conejo, no es capaz de albergar en su seno ofensa ni maldad alguna para nadie, sino que, por el contrario, experimenta inmensa satisfacción con el bien de sus semejantes.

Antecedentes. Es el caso, amigo lec-

tor, que teniendo un gran deseo la Redacción de nuestra ilustrada Revista, por considerarlo así de justicia, de publicar una fotografía de cada uno de los lectores que más se distinguen por sus excelentes condiciones cinegéticas o piscatorias, y siendo considerado como modelo de ellas un perfecto caballero de honradez acrisolada, de inteligencia despejada, de sanas y sencillas costumbres, merecedor de las mayores alabanzas que yo pudiera prodigarle desde estas columnas si Natura me hubiese favorecido con la capacidad necesaria para ello, la citada Redacción tuvo verdadero empeño de hacerse de una fotografía del caballero referido, a quien yo considero como mi segundo padre desde hace más de un año que tuve la suerte de conocerle por escrito al contestarme a un articulejo que humorísticamente escribí en la Revista haciendo varias preguntas relacionadas con mi favorita distracción de la pesca. Pues bien, pidiéronsele de la Redacción, echáronse muchos empeños para conseguir la deseada tarjeta fotográfica

y nuestro caballero, con palabras corteses, se excusó de acceder a la petición, fundándose en que él no se consideraba con mérito alguno ni de condiciones excepcionales para tener el honor de figurar entre las celebridades publicadas en la galería de retratos de CAZA Y PESCA.

Un mal encuentro de Barduena.

Disgustados se hallaban los íntimos del que se consideraba humilde cazador y pescador de mi relato por su negativa a satisfacer el deseo de muchos de los asiduos lectores de la Revista, cuando hete aquí que, sin saber como ni por qué, la casualidad, la pícara casualidad hizo al señor Barduena, a quien no conozco personalmente, pero que me lo figuro un *barbián de pelo en pecho*, con más *narices* que Sánchez Toca y capaz de entrar y salir sin detrimento de su persona en los profundos infiernos, *donde por mi gusto debería hallarse mucho tiempo há*, la casualidad, mas bien su mala estrella, repito, hizo a Barduena tropezar con este otro pobre diablo del Andalúz a quien refirió sus deseos y encargó encarecidamente poner en práctica la tan codiciada **caza** del retrato.

Apuros del Andalúz. Ardua empresa para mí el logro de nuestras aspiraciones y deseos; mas como los andaluces no hemos *conocío nunca er mío* ni *mos arredramos por dificultosa* que sea una empresa, y yo tenía que cumplir al señor Barduena mi palabra empeñada, valiéndome de cuantos medios estuvieran a mi alcance hasta conseguir su encargo, me decidí a poner en práctica aquellos legales que me sugirió la imaginación, pero todos ellos sin resultado satisfactorio; después hube de apelar a los ardides de la *intriga*, tendiendo a mi amigo en cuestión los *lazos* en que por fortuna ha sido *cogido*, aunque en contra de su voluntad, por lo cual le pido mil perdones, seguro de que ha de otorgármelos procediendo con la caballerosidad que le caracteriza y la nobleza de sus sentimientos.


Mi primer ardid de guerra.—La Paloma en acción. Cuento para mis cacerías con una perrita pachona de no mucha alzada, llamada Paloma, rabona de na-

cimiento, blanca de pelo, de olfato finísimo, de inteligencia asombrosa, y dotada no solo de cuantas condiciones puede apetecer el mas exigente cazador, si que también de una *verbosidad* asombrosa, que ya quisieran para sí muchos de nuestros políticos para salir airoso de sus discursos.


Un día que me encontraba pensativo y cabizbajo sentado bajo unos frondosos melocotoneros (no siempre han de ser tilos) plantados en el huertecillo de mi casa, con el *seño arrugao*, demostrativo de mi mal humor, con los codos apoyados en las rodillas y mi cabeza apalancada sobre mis puños, cerrados fuertemente por horrible contracción nerviosa como si quisiera extrangular entre ellos a mi mala suerte, a mi ruin fortuna pecuniaria que me pribaba emprender un viaje tan deseado por mí para grabar en el cliché de mi diminuta cámara obscura la figura de mi más querido amigo, arrebatándosela sin que él lo notara ni se enterara del caso hasta que llegara a sus manos el periódico que había de reproducirla, la perrita *Paloma*, que se hallaba asentada sobre sus cuartos traseros frente a mí mirándome de hito en hito como penetrada de mi tristeza y participando de ella, se atrevió a entablar conmigo el siguiente diálogo.

(Continuará)





LA PRIMERA CACERÍA



(CONTINUACIÓN)

Todos salieron a despedir a Santiago; la Maria Antonia, el tío Genaro y las demás personas que les rodeaban no sabían como separarse del que tan grata compañía les había hecho durante su desgraciada enfermedad, hasta que Santiago, mandado por el Marqués subió al coche ayudado por Marta y el médico.

Con un ¡adiós! general se despidió Santiago de todos sus desinteresados amigos de la Dehesa y con una sola palabra ¡adiós! también, pero más intensa, salida del corazón, que solamente una persona comprendió con su mirada fija en él, se despidió ante todos de su amada Marta.

Durante algunos instantes estuvieron contemplando todos la veloz carrera del automóvil hasta que se les perdió de vista en el primer recodo que hacía la carretera a corta distancia de ellos.

Mientras el automóvil marchaba camino de la casa del Marqués, los de la dehesa comentaban uno al otro la desgracia de Santiago, con los alegres ratos que con él pasaron.

Fué conmovedora la escena cuando la madre vió a su idolatrado Santiago; pero pasados los momentos precisos, el médico mandó que se acostase, después de haberle reconocido y ver que no hubo ningún contratiempo para las heridas durante el viaje.

X

¿Quien vencerà?

Divulgada la noticia de que Santiago había vuelto, su casa no se vió ni un solo momento sin alguno de sus muchos amigos y conocidos que iban a saludarle interesándose por su salud.

Entre las visitas más constantes y estimadas estaba la de la Sra. de Giménez, íntima amiga de la mamá de Santiago, con sus dos hijas ya casaderas, Antonia y Juana, que seguían las buenas amistades de familia con la hermana de Santiago.

Los tres jóvenes pasaban la mayor parte de las tardes en compañía de este y aunque las conservaciones eran propias de su edad, sin embargo él hacía por sostenerlas con cierta firmeza para desorientar los fundamentos que veía avecinarse, tanto por parte de su madre como por la de la hija mayor de Giménez.

Después de la larga visita de aquella tarde, quiso la madre convencerse si estaba bien enterada del pensamiento de su hijo, pues ya había notado su femenina perspicacia, que Santiago no mostraba interés por las hijas de su amiga, cuando ella creía que debía casarse con una de las hijas de Giménez porque eran muchachas de gran valer, y así, haciendo girar la conversación sobre ellas, quería aconsejar a Santiago que por lo menos, por honradas y laboriosas eran buen partido para él.

Ya está aquí lo que esperaba, dijo para sí Santiago.

—Si mamá, efectivamente las dos son modelo de señoritas y el hombre que se case con alguna de ellas, si se tienen cariño, pueden hacerse felices.

—Luego a tí no te gusta ninguna de las dos hermanas.

—Como amigas mucho, pero para mujer, nada.

—No veo la causa.

—Yo sí mamá, precisamente por eso, porque no me gustan, aunque no deje de reconocer su validez, pero yo... no puedo comprometerme... tengo novia y si no lo he dicho por las circunstancias presentes, precisamente esta noche pensaba comunicárselo a todos.

La madre, que no esperaba tal nueva de labios de su hijo, con el entrecejo involuntariamente arrugado, pero apaciguando la soberbia que la dominaba, con muestras de afeblimiento interroga a su hijo.—Dime Santiago, ¿se puede saber quien es la mortal que te ha

cautivado el alma, que tan en secreto lo has tenido para nosotros?

—Ya lo creo, pues no faltaría mas; Marta la hija del guarda mayor de Nava-Hermosa.

—Será una de esas novias que los jóvenes tomáis por pasatiempo.

—No lo crea mamá, esa es la única mujer cuya imagen llevo grabada en mi corazón y creo que por nada, ni por nadie, haya de desaparecer de mí, ¡Dios quiera siempre diga lo mismo! y cómo, ¿te gustaría a tí que a mi hermana tomara alguno por pasatiempo?

—Hombre no, pero... nosotros, somos nosotros.

—Como nosotros somos nosotros, ellos son ellos, mamá; o es que las leyes humanas son siempre nosotros somos nosotros, como si los otros no tuvieran los mismos derechos a la vida que los demás.

—Bueno, déjate de filosofías y dime, eso de la novia ha sido por bromearme... no te hago caso.

—Pues haces mal tomarlo así, porque el día que Carlanha me dé de alta, como el Marqués nos ha prometido a todos una cena, a los postres de esta, pienso decíroslo para ir a pedir la mano de mi prometida.

Mordiéndose el labio inferior estaba la madre conteniendo su nerviosidad innata, y haciendo de tripas corazón como vulgarmente se dice, medio sonriéndose: —¡Que no creo eso en tí, Santiago! Que un muchacho educado, listo y en víspera de un porvenir brillante vaya a dar su mano a una mujer vulgar y ordinaria, sin cultura y sin saber presenarse en sociedad... que nó, que nó te creo. ¿No quieres reconocer que una mujer de esa clase no puede alternar en las reuniones? ¿no reconoces que en todas partes haríamos el ridículo con ella? ¿Qué dirían nuestras amistades de una mujer que huele a romero y tomillo?. Lo que es yo, no te daré el consentimiento, es más intercederé para que tu padre y el Marqués se opongan a esas niñerías... ¡estaría bueno!

—Tontería que os opongais. He dicho que me caso y me casaré con ella, pese a quien pese, porque no veo razón ni fundamento alguno para que no pueda alternar en esas reu-

niones de sociedad. Mas prefiero a una mujer oliendo a tomillo y jara como dices, que no a perfumes olorosos, malsanos, que perjudican grandemente la salud mas envidiable, porque su alma, al igual que el campo, será tan pura como puros y sanos son los olores que de él emanan.

—Pues tu madre hará porque no llegue ese día.

—Lástima que pierdas el tiempo, ese día llegará mamá, y si no llegara, te prometo no ser para otra mujer, porque si no, tan pronto como me restablezca del todo, o me voy al Brasil de administrador a la finca que ha poco heredó el Marqués, o a la guerra a curar heridos en la línea de combate, ya lo sabes, ahora haz tú lo que te parezca; o me dejais casarme con María, o no me veis mas en lo que el cuerpo me haga sombra.

—No será tanto Santiago...

—Lo digo y lo cumplo, si no al tiempo, que aclara todas las cosas.

Conocedora la madre del carácter de su hijo, no dudaba sería exacto cumplidor de su palabra, así es que bordeando la cuestión y en otro tono bien distinto, le dijo para ver si conseguía hacer desaparecer la ilusión despertada por la serrana: —No esperaba esto de tí, hijo mio.

—De particular nada tiene mamá, pues aunque es cierto que los padres teneis el deber de aconsejar y encaminar a los hijos por la senda del bien, de mostrarnos y prevenirnos contra los obstáculos que comprendais encontremos en el camino de la vida, sin embargo no el derecho de obligarnos a que se cumplan vuestras voluntades o caprichos, que a nada os conducen y que a nosotros nos traen continuos disgustos y calamidades mientras vivamos. Siento contradecirte mamá, pero más vale que tú pases un disgusto durante un momento, que no toda la vida, porque el grillete que une la cadena del amor debe ser a gusto de ambos para que los eslabones sostengan los pesos al igual, la mayor ridiculez que puede hacer el hombre es engañarse a si mismo.

JOSÉ ESCRIBANO.

((continuará))

Las escopetas: sus cargas, pólvoras y usos

(CONTINUACION)

Admitiendo la fracción de segundo como el tiempo necesario para llevar a cabo los actos voluntarios e involuntarios que completan la acción de tirar, hasta la salida de los perdigones por la boca del cañón, tenemos que con una escopeta calibre 12 y con la carga reglamentaria, a una distancia de 13'50 metros, un ave que vuele a razón de 64 kilómetros por hora, habrá recorrido, según las concluyentes experiencias de Tegetmayer y Griffith, un espacio de 1'67 metros antes de que los perdigones hayan llegado a tal distancia:

A 18'20 metros.....	2 metros
» 27'30 »	2'66 »
» 36'50 »	3'58 »
» 45'50 »	4'47 »
» 54'60 »	5'90 »

Las experiencias hechas en 1890 en la Escuela de tiro de Chalons dan resultados diferentes, pues la corrección de apuntado según ellas debe ser para un objeto animado de una velocidad lateral de 15 metros por segundo, de

0'37 a 0'40.....	a 10 metros
0'77 a 0'85.....	a 20 »
1'2 a 1'4.....	a 30 »

Por su parte el Doctor Fleming, en su admirable estudio relativo a la fisiología del tiro, ha demostrado que el error personal de un hombre vivo (nervioso) desde que hace intención de tirar hasta que oprime el disparador es de 1 por 100 de segundo y de 6 por 100 el de un hombre lento (linfático), y de ello deduce, sin hacer referencia a los tiempos medios, que el primero tendrá que tomar un avance a 36'50 metros respecto de un ave que recorra 64 kilómetros por hora, de 2'85 metros y el segundo de 3'75 metros.

¿No habéis oído nunca el caso de un caza-

dor que apuntando a la primera ave de un bando mató a la última? He ahí la explicación práctica de ese error personal.

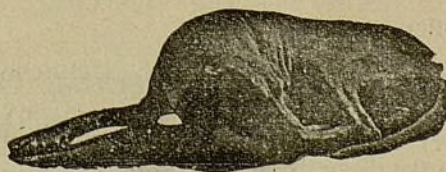
Mas ¿cómo nos daremos cuenta exacta de todo esto? ¿Cómo ponderaremos todos esos complicados coeficientes? Una vez conocidos y estudiados, por la práctica, la experiencia, la observación, el disparo de miles de cartuchos y la metódica corrección de los defectos notados uno y otro día.

He ahí el desarrollo y la educación de aquel sentido muscular de que antes hice mención. ¿Es que hay alguna regla exacta, algún fiel en la mano del estanquero que nos dice con sorprendente certeza que la carta o el paquete que le entregamos requiere o no requiere un sello más? Pues la diferencia es de cinco gramos, a lo sumo de diez. ¿Es que dispone de algún compás en el extremo del taco el jugador de billar para medir la cantidad de efecto o la de bola que ha de tomar, o la mano del vasco pelotari que señala un estrecho ángulo de incidencia a la pelota que trata de rematar?

Claro está que la distancia entre el punto ideal enfilado por delante del objeto en movimiento y el objeto mismo no tiene mensuración posible. Depende de un número de factores heterogéneos, como la distancia a que se halle, su velocidad de traslación, la cantidad de la carga explosiva, el grueso de la munición, o sea su peso, los diversos ángulos en que puede presentarse, la menor o mayor velocidad o error personal del tirador (y esto es fundamental), etc...

EDUARDO DE LETE.

(Se concluirá.)



SECCION BIBLIOTECA

Recopilación de sentencias dictadas por el Tribunal Supremo en materia de caza: Muy útil para las Autoridades y aficionados. Precio, 60 céntimos.

Exito en la cria del pollo. En este folleto va resuelto prácticamente el mas difícil problema de la avicultura: Precio 1,90 incluido franqueo y certificado; los pedidos al autor, Don Francisco Jordá. Alcoy, Provincia de Alicante.

Notas de caza, por D. Francisco Brú, Precio, 2 pesetas.

Legislación de caza, pesca y uso de armas, por D. Agustín Álvarez Navarro, 4.^a edición reformada. Precio, 1,50.

Maaunl del Cazador de Perdices con los reclamos, por D. Jacobo G. de Escalante. Precio, 2 pesetas. De venta en la librería Rubiños. Preciados, 23.

El Cazador práctico, por D. Antonio Briones Parra. Precio, 5 pesetas. De venta en la librería Rubiños. Preciados, 23.

Recuerdos de montería, por D. Diego Muñoz Cobo. Precio, una peseta.

Armas y defensas. Notabilísima obra, por D. A. Vázquez de Aldana y D. E. de Lete. Precio, 6 pesetas.

Cacerías en Sierra Morena Interesante colección de postales á todo color, por D. Joaquín Fernández Trujillo. Precio, 5 pesetas.

Cirujía popular de urgencia. Obra muy útil, por el Dr. Valera de Seijas y Ramírez, Precio, una peseta.

Un paseo por Madrid viejo. Interesante folleto madrileñista, por D. Plácido Soria. Precio, una peseta.

La caza de la perdiz con reclamo, por A. B. Precio, 5 pesetas.

Cartilla de pesca, por el Sr. Pardo y Puzo. Precio, 5 pesetas.

Cuentos de caza, por el Sr. Balbuena. Precio, 3 pesetas.

Episodios de caza, por el Sr. Balbuena. Precio, 3 pesetas.

De la caza de la perdiz con reclamo, por D. Diego Pequeño. Precio, 4,50 pesetas.

Aves de rapiña y su caza, por el señor Duque de Medinaceli. Precio, 25 pesetas.

Legislación de pesca fluvial. por el Ministerio de Fomento, Precio, 50 céntimos.

Estudio critico de caza, por el señor Liñán y Tavira. Precio, 5 pesetas.

Entre riscos y breñas, por el Sr. Llagaria. Precio, 5 pesetas.

El campo y la caza, por el Sr. Moreno y Castelló. Precio, 3 pesetas.

Prácticas cinegéticas, por el Sr. Morales de Peralta. Precio, 3 pesetas.

NOTA. Nuestros lectores de provincias enviarán para franqueo y certificado 40 céntimos, además del precio indicado en cada obra.

Imprenta y papelería.—Basilio Sierra, Atocha, 36.